

Custodio de nuestra historia: El Padre Guillermo Furlong S.J.¹

Se me ha pedido una semblanza del P. Furlong, como jesuita.

La tarea es, a la vez, fácil y difícil.

Fácil porque el P. Furlong tuvo siempre un gran amor, un apasionado amor por la Compañía. Cuando uno conversaba con él -y es éste un recuerdo de mis 17 años- acerca de la Compañía, sus ojos azules, profundos, parecían chispear.

Hablaba de ella con un entusiasmo contagioso. Desfilaban las anécdotas de los jesuitas que él había conocido en España, Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Holanda, las casas de la Compañía, sus Colegios y Universidades, el apostolado, los Santos, los misioneros en remotas tierras. En esa época acababa de publicar un pequeño folleto vocacional: "Los jesuitas" al que tenía especial predilección. Al lado de sus eruditos libros de historia, el folleto en cuestión, era como el benjamín, pero lo había escrito de la abundancia de su corazón y mojado su pluma en ese inmenso amor a la Compañía, por eso lo apreciaba tanto.

Este mismo amor explica su fecunda tarea vocacional. El no llevaba números ni listas. Temía le sucediese lo que al rey David; pero un cálculo aproximado, bastante exacto, hace pasar de un centenar, las vocaciones a la Compañía, que él, en alguna manera, suscitó, orientó o dirigió, a lo largo de su vida.

Una carta escrita a su Provincial, el 8 de diciembre de 1973, meses antes de su muerte, sintetiza todo esto: "No me precio de Licenciado ni de Doctor sino de P. Furlong y sigo encariñado con las dos letras que añado a mi firma: S. J. En Posadas, hace trece días y durante hora y media he loado, **magna tuba**, a aquellos varones y la obra misionera por ellos realizada, codo a codo, como falange tebana y con continuidad inalterable, durante siglo y medio, hasta caer en 1767 y morir en 1773, como la cabeza, para resucitar como El resucitó, en 1814. *Iam delibor et tempus resolutionis meae instat*, pero en cuanto me lo permitan mis ya gastadas fuerzas, sigo y seguiré trabajando A.M.D.G."

El P. Furlong conservó siempre, hasta su muerte, rasgos de su formación jesuita y de la solidez de la misma.

Uno de ellos fue el respeto al Superior. Cuando el que esto escribe, que había sido su alumno en el Colegio del Salvador y su dirigido espiritual varios

1. *Signos Universitarios*, Año II/Nº 4-5, 1980.

años, entraba en su cuarto, el P. Furlong, con un gesto casi militar, se sacaba el bonete y se ponía de pie, en señal de respeto. Es que entraba su Rector y él veía al Superior, como San Ignacio quería que se lo viese, en lugar de Cristo, Nuestro Señor.

En otra de sus cartas dice al P. Provincial (P. Bergoglio): “Lamento no haber seguido el otro día, el consejo de V.R. de quedarme en la capilla, en un lugar abrigado, para luego regresar a la ciudad. Es que ni me pasó por la mente que era el Provincial y no el maestro de Novicios, quien me hablaba. Después caí en la cuenta de mi error. *Forgive me, please*. Tenía 84 años y había vivido en la Compañía desde 1903.

Otra característica de su sólida formación S. J. era el amor a la pobreza. Conocida es por muchos la austeridad de su viejo aposento en el Salvador, donde esqueletos de cajones de frutas hacían las veces de biblioteca y aún de mesas y unas destartaladas sillas reemplazaban los sillones. Uno de sus más íntimos amigos, el Profesor Don Vicente Sierra, historiador como él, nos lo describe: “Salía a dar clases llevando sus escritos en un viejo portafolio, caminando con la sotana desteñida, los zapatos gastados y la faz rubicunda de sus antepasados irlandeses, enmarcada de mechones blancos”.

Pobre vivió y pobre murió, en una estación del subterráneo el 20 de mayo de 1974. Los que lo hemos acompañado en alguno de sus viajes, cuando recorría media República, como Asesor Nacional de la J.A.C., guardamos la imagen de su valija marrón, de cartón prensado, reforzadas las cerraduras con una cuerda o piolín grueso...

Podríamos también señalar su espíritu de laboriosidad que él sintetizaba en aquello de “tiempo es cielo” corrigiendo el dicho más crematístico de los anglosajones. Trabajando siempre, intensamente, desde temprano, “*nullo die sine linea*” otro de sus dichos favoritos. Buscando, revolviendo, escribiendo, copiando, cortando y pegando sus escritos, hasta el punto que la tijera, el papel y el engrudo, formaban parte de su armamento intelectual y estaban siempre sobre su mesa de trabajo.

Cuando en abril del '74, un mes antes de su muerte, fallece en Córdoba el P. Grenón, santafesino como él e historiador como él, escribe al P. Provincial: “Cumplí con los deseos de V.R. y fui a Córdoba. Bien se lo merecía el gran Padre Grenón. La concurrencia a la Misa de cuerpo presente, en la iglesia de la Compañía, fue enorme. Durante ella, por pedido del P. Sojo, dije unas palabras. Estaba como dopado porque esa noche no había podido dormir nada, y el cambio de clima, que antes no me afectaba, ahora ya me afecta. Pero si nada tenía que decir ni como decirlo, hice antes mucha oración y dejé que El hablara y El sabe hablar mejor que Cicerón y que Castelar.”

Disponibilidad, laboriosidad, sencillez. Todo esto lo acompañó siempre. Y un amor a Cristo que transmitía en sus ejercicios espirituales y en su direc-

ción como un rasgo muy típico y característico de su espiritualidad, que fue siempre "Cristocéntrica". *Oh, my dear boy ¿Amas a Cristo? ¿Quieres seguir a Cristo?*", quien lo oyó alguna vez hacer estas preguntas, sabe muy bien la fuerza, la vehemencia que ponía en ellas, con toda la sinceridad y la pasión propia de un corazón que ama y mucho. Por eso, por cierta afinidad temperamental, amaba tanto a San Pablo y lo citaba tanto, de manera que, de oírlo, uno aprendía a conocer y a amar también al gran Apóstol que pudo decir: "Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gal. 2,20).

La Santa Misa fue también, en él, algo característico. La celebraba con unción, fervor y piedad. Amaba su Misa, la Misa temprana, la primera de todas las que se decían en el Salvador. A pesar de su vista cansada defectuosa, no la dejó nunca, hasta el día mismo de su muerte.

Hasta aquí, lo fácil.

Lo difícil viene a partir de la época del 60, con el Vaticano II, la Congregación General XXXI, los cambios en la liturgia, en las costumbres, en la manera de vivir dentro de las casas religiosas.

Cambios que aunque muchas veces eran tan sólo accidentales, traían a su formación clásica, firme y segura como un bloque de piedra, tremendos interrogantes. No cabe duda que en esa época el P. Furlong sufrió y sufrió mucho. Fue el momento de la purificación y de la prueba, el demonio de la tentación, que ya no era meridiano sino vespertino.

A todo esto contribuía, sin duda, su temperamento apasionado. Enemigo acérrimo de toda componenda, era muy poco dado a matices y distingos. Se ha dicho de él y con razón, que "era exaltado: vivía en una especie de exaltación entre lo óptimo y lo pésimo. Sentía y expresaba con vehemencia sus vivencias. Personalidad fuerte, temperamental, se lanzaba con alma y cuerpo en aquello que hacía."

Es cierto, también, que en esa época de cambio, junto a transformaciones necesarias y equilibradas hubo lamentables excesos y desafortunados errores. Todo eso lo afectó y mucho, emocional y sensiblemente. Era tajante en su rechazo. No que se opusiese a todo cambio. Tenía un sentir muy claro de la modernidad. Admiró siempre la practicidad de los jesuitas norteamericanos y cuando ya no fue obligatorio el uso de la sotana, vistió su "clergyman" con alegría, aunque no con demasiada elegancia...

Dios premió sin duda la larga fidelidad de su siervo y al final de su vida religiosa, permitió que sobre ella, volviese a brillar el sol.

Dos cartas suyas, poco antes de su muerte, testimonian esto y hacen innecesaria toda otra aclaración.

Escribiendo al P. Bergoglio, Provincial con motivo de la visita a la Argentina del P. General Pedro Arrupe, en agosto de 1973, le dice: "Años atrás asistí a una conferencia de Don Orione y como este santo varón tenía una lengua de

trapo y hablaba un castellano cocoliche, no llegué a entender ni el 50 % de lo que dijo, pero nunca plática alguna me hizo tanto bien, y así lo he declarado oficialmente para la causa de su beatificación. Otro tanto me ha pasado, ayer, con el P. General Arrupe: Por mi sordera no le he entendido ni un 30 % de lo que dijo, pero, aún así me ha hecho mucho bien. Realmente, los santos hablan y convencen aun cuando callan. Eso lo he experimentado también, al pasar unos días en la Trapa de Azul.”

En otra de abril del 74 escribe: “Escuché los ejercicios ignacianos que dio el P. Fiorito. Volvemos a la sensatez.”

Pero, quizá, la carta que resume mejor todo este delicado problema y que bellísimamente trasparenta su gran amor a la Compañía es ésta, que como si fuese su testamento, escribe al P. Provincial Jorge M. Bergoglio, poco antes de morir: “Vivía yo con la imagen, ya borrosa, de aquella matrona nobilísima y santísima que fue el encanto de mi vivir, durante 65 años y sentía repulsión por esta chicuela, que ahora tenía delante desde hacía cinco años; pero ahora estoy seguro de que ella, la chicuela, llegará a ser como la matrona y aún la superará. No dudo de que será así. Aunque V. R. no pensó en ser Provincial y menos procuró serlo, por ser tan joven, le convienen aquellas palabras de San Pablo “*Qui episcopatum desiderat, bonum desierta*”, que Mons. Bogarín, el viejo, traducía libremente: “Quien desea ser Obispo, buena le espera”. Quiera Dios, que este “buena le espera” sea para V. R. leve y llevadero”.

Creo con esto, haber cumplido mi cometido.

Mi recuerdo vuelve, agradecido y filial, al P. Furlong, y pienso que sobre su tumba está la simple inscripción, que él siempre quiso, deseó y amó:

R. P. Guillermo Furlong S. J.

José Antonio Sojo S. J.
San Miguel, 31 de julio de 1978